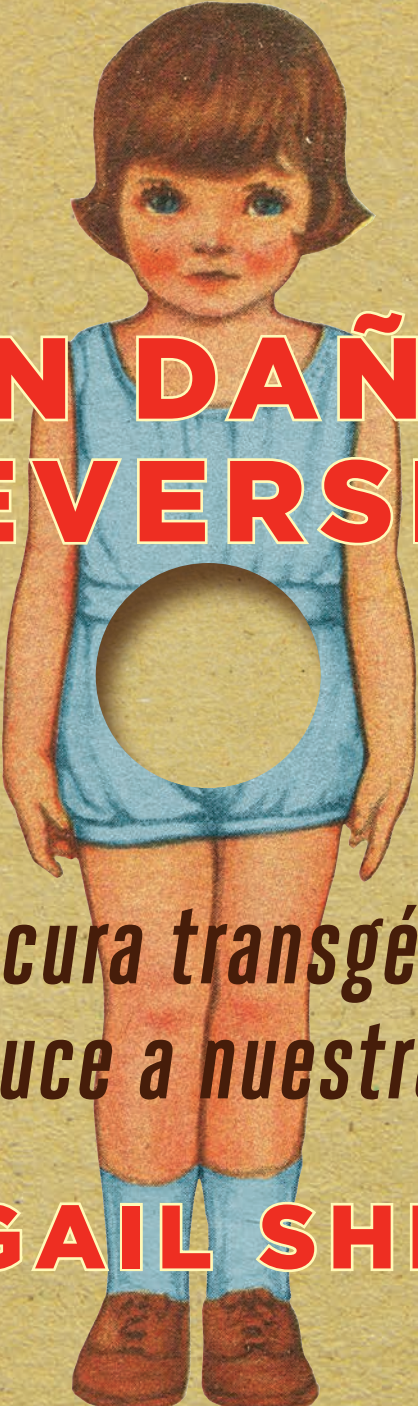

«EL LIBRO QUE TIENES EN LAS MANOS HA RESISTIDO
A VARIOS INTENTOS DE CENSURA. POR SUERTE, TODOS ELLOS SIN ÉXITO.»
DEL PRÓLOGO DE JUAN SOTO IVARS

LIBRO
DEL AÑO POR
THE TIMES
Y *THE ECONOMIST*



UN DAÑO IRREVERSIBLE

*La locura transgénero
que seduce a nuestras hijas*

ABIGAIL SHRIER

DEUSTO

Un daño irreversible

La locura transgénero que seduce
a nuestras hijas

ABIGAIL SHRIER

Traducción de Mercedes Vaquero



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Irreversible Damage*
Publicado por Regnery Publishing

© Abigail Shrier, 2020 c/o Writers' Representatives LLC, Nueva York
Todos los derechos reservados

© de la traducción: Mercedes Vaquero Granados, 2021

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2021
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3279-0
Depósito legal: B. 9.990-2021
Primera edición: septiembre de 2021
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

| | |
|--|-----|
| Nota de la autora | 11 |
| Prólogo..... | 13 |
| Introducción. El contagio..... | 21 |
| 1. Las chicas | 31 |
| 2. El puzle | 59 |
| 3. <i>Influencers</i> | 80 |
| 4. Las escuelas | 100 |
| 5. Madres y padres | 124 |
| 6. Los terapeutas | 143 |
| 7. Los disidentes | 173 |
| 8. Los ascendidos y los degradados | 197 |
| 9. La transformación..... | 221 |
| 10. El arrepentimiento | 250 |
| 11. El camino de vuelta..... | 272 |
| Epílogo. Actualización..... | 291 |
| Agradecimientos | 297 |
| Bibliografía seleccionada | 301 |

Capítulo uno

Las chicas

Si eres estadounidense y naciste antes de 1990 es probable que las palabras *chicas adolescentes* evoquen a un puñado de mujeres jóvenes riéndose en el centro comercial. O tumbadas con el pelo desparramado sobre la peluda alfombra de algún dormitorio, escuchando sin parar la misma canción mientras la conversación sigue un circuito similar en torno a alguna ambigua interacción con un chico o chica. Innumerables horas desperdiciadas que de alguna manera contribuyen a construir la más auténtica de las amistades. Contar un primer beso, la primera vez que te rompen el corazón, o anhelar ambas cosas y ninguna, mientras el quitaesmalte de uñas enrarece el ambiente como la trementina.

Para entender la epidemia trans contemporánea entre las adolescentes, tendremos que analizar hasta qué punto las jóvenes se han alejado de esta representación. No se trata simplemente de que la imagen requiere una actualización de los dispositivos: Spotify por CD, intercambio de mensajes de texto en lugar de llamadas telefónicas. Es que la adolescencia de hoy en día contiene muchas menos comodidades, tormentos y consuelos presenciales que una vez llenaron la vida cotidiana de los jóvenes. Que te pidieran para salir, te rechazaran, besaran o magrearan; y llorar y celebrarlo y reírse de ello con tu mejor

amiga, su voz y expresiones, no sólo sus palabras, que prometían que no estabas sola.

Recuerdo mi primer beso, con Joel, a la hora del almuerzo, detrás de la escuela judía en la que ambos estudiábamos. Sus ojos eran marrón oscuro. Su aliento olía a chicle de canela. Un *shock* de lengua y respiración jadeante. El mareante y empalagoso olor de su perfume Drakkar Noir me dejó fuera de combate y atontada.

Cuando todo terminó, me propuse volver al interior del colegio como si nada hubiera pasado. ¿Me veía diferente, cambiada? Estaba segura de que sí. Cada molécula del mundo parecía sutilmente reorganizada. Tenía ganas de correr, gritar y reír, y también, por extraño que parezca, atenazada como estaba por la preocupación de haber hecho algo malo, de que no hubiera pasado. Pero por la lógica de la escuela primaria de los noventa, someterme al beso orquestado era lo mínimo que podía hacer. Después de todo, era la novia de Joel.

Hasta dos semanas después, cuando dejé de serlo. Le dijo a una de mis amigas que yo no «besaba bien». Me parece justo, sólo tenía doce años. Había querido dejarme antes, pero tuvo que esperar a que se diese la oportunidad de pillarme a solas, en persona.

Mi amiga Yael me contó los detalles que había conseguido sacar a sus amigos, una letanía de mis deméritos como novia. Volví con mis otros amigos: Aaron, que me había echado de menos durante mi breve retirada; Jill, que nunca había pensado que Joel fuera tan genial; Ariel, que aprovechó la oportunidad para castigarme por mi efímero triunfo romántico, señalando que todo el mundo sabía que Joel prefería a Jennifer. Ni los mejores amigos sobresalen a la hora de brindar consuelo.

Pero por muy imperfecto que fuera su apoyo, ahí estaba: Joel, dando la noticia; Yael, proporcionando contexto y comentarios; Aaron, ajeno a todo trauma; Jill, poniendo los ojos en blanco y rogándome que le diera una patada a un balón de fútbol; Ariel, regañándome antes de volver a ser mi amiga. La fibrosa humanidad del abandono medio. Cada pizca de dolor o consuelo aportado por alguien que me miraba directamente a los ojos; alguien a quien podía acudir y abrazar, si quería.

En el caso de las jóvenes nacidas en los noventa, los ochenta y los setenta, quizá hasta la década de los cuarenta, la naturaleza comunitaria de las vergüenzas adolescentes en persona es más o menos válida. Para esas mujeres nacidas en 1978, como yo —que alcanzamos la mayoría de edad cuando las adolescentes estadounidenses éramos como partículas de carga, siempre chocando unas con otras—, es difícil imaginar el aislamiento de las adolescentes de hoy en día.³⁵

En Estados Unidos, las adolescentes de mi época, que llegaban a la mayoría de edad a principios de la década de los noventa, establecieron el nivel más alto de embarazo adolescente.³⁶ Desde entonces ha caído en picado —igual que los índices de sexo adolescente—, alcanzando recientemente el valor más bajo en varias décadas.³⁷ Al menos en parte, esto es resultado de la falta de oportunidades. Las adolescentes de hoy pasan mucho menos tiempo en persona con sus amigos —hasta una hora menos al día— que los miembros de la generación X.³⁸ Y por Dios que están solas. Reportan mayor soledad que cualquier generación de la que hay registro.³⁹

Pero resistamos la trampa de la nostalgia. Según el psicólogo académico Jean Twenge, experto en la generación nacida a partir de 2000 («gen Z» o «iGen»), en la actualidad las jóvenes son más tolerantes. Los índices de aborto entre las adolescentes han caído

35. Jean Twenge, «Teens Have Less Face Time with Their Friends—And Are Lonelier Than Ever», *The Conversation*, 20 de marzo de 2019, <<https://theconversation.com/teens-have-less-face-time-with-their-friends-and-are-lonelier-than-ever-113240>>.

36. Rebecca Wind, «U.S. Teen Pregnancy, Birth and Abortion Rates Reach Historic Lows», Guttmacher Institute, 5 de mayo de 2014, <<https://www.guttmacher.org/news-release/2014/us-teen-pregnancy-birth-and-abortion-rates-reach-historic-lows>>.

37. Heather D. Boonstra, «What Is Behind the Declines in Teen Pregnancy Rates?», Guttmacher Institute, 3 de diciembre de 2014, <https://www.guttmacher.org/sites/default/files/article_files/gpr170315.pdf>.

38. Jean Twenge, *iGen: Why Today's Super-Connected Kids are Growing Up Less Rebellious, More Tolerant, Less Happy—and Completely Unprepared for Adulthood*, Simon and Schuster, Nueva York, 2017.

39. Twenge, «Teens Have Less Face Time with Their Friends».

en picado.⁴⁰ Han pasado décadas desde que un aluvión de felaciones en los baños escolares fue motivo de alarma social generalizada.

Para comprender cómo algunas de las jóvenes más brillantes y capaces de esta época pueden ser víctimas de una locura transgénero, debemos empezar por señalar que las adolescentes de hoy en día sufren mucho. En Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá, las chicas se encuentran en medio de lo que el psicólogo académico Jonathan Haidt ha calificado como una «crisis de salud mental», que está evidenciando niveles récord de ansiedad y depresión.⁴¹

Entre 2009 y 2017, el número de estudiantes de secundaria que contemplaron el suicidio aumentó un 25 por ciento.⁴² Entre 2005 y 2014, el número de adolescentes diagnosticados con depresión clínica creció un 37 por ciento. Y las más afectadas —experimentando la depresión a un ritmo tres veces mayor que los chicos— fueron las adolescentes.⁴³

Para que no se suponga que estas jóvenes sólo notifican su depresión en mayor número (y no necesariamente la padezcan más), Haidt señala que la tasa media de lesiones autoinfligidas refleja el mismo aumento: un incremento del 62 por ciento desde 2009, todo entre chicas adolescentes.⁴⁴ Entre las niñas prea-

40. Boonstra, «What Is Behind the Declines in Teen Pregnancy Rates?».

41. JRE Clips, «Joe Rogan & Jonathan Haidt - Social Media is Giving Kids Anxiety», 7 de enero de 2019, YouTube, <<https://www.youtube.com/watch?v=CI6rX96oYnY>>; véase también Greg Lukianoff y Jonathan Haidt, *The Coddling of the American Mind: How Good Intentions and Bad Ideas Are Setting Up a Generation for Failure*, Penguin Press, Nueva York, 2018, pp. 160-161.

42. Brian Resnick, «Have Smartphones Really Destroyed a Generation? We Don't Know», Vox, 16 de mayo de 2019, <<https://www.vox.com/science-and-health/2019/2/20/18210498/smartphones-tech-social-media-teens-depression-anxiety-research>>.

43. David Levine, «Why Teen Girls Are at Such a High Risk for Depression», U.S. News, 22 de agosto de 2017, <<https://health.usnews.com/health-care/patient-advice/articles/2017-08-22/why-teen-girls-are-at-such-a-high-risk-for-depression#:~:text=Risks%20Rise%20More%20Sharply%20for%20Girls&text=%E2%80%9CFor%20example%2C%20pubertal%20changes%2C,%20increased%20risk%20for%20depression.%E2%80%9D>>.

44. JRE Clips, «Joe Rogan & Jonathan Haidt».

dolescentes de diez a catorce años, desde 2010 la tasa media de lesiones autoinfligidas ha aumentado un 189 por ciento, casi el triple de lo que eran sólo seis años antes.

¿Qué ha pasado?, preguntó a Haidt el presentador de pódcast Joe Rogan. ¿Por qué el repentino aumento de la ansiedad, la depresión y el daño autoinfligido? «Las redes sociales», fue la respuesta inmediata de Haidt.⁴⁵

Como escribió Twenge para la revista *The Atlantic*: «No es exagerado describir a la generación iGen como si estuviera al borde de la peor crisis de salud mental en décadas. Gran parte de este deterioro puede atribuirse a sus teléfonos».⁴⁶

El iPhone fue lanzado en 2007. En 2018 —una década más tarde—, el 95 por ciento de los adolescentes tenía acceso a un smartphone y el 45 por ciento notificó estar online «casi constantemente».⁴⁷ Tumblr, Instagram, TikTok y YouTube son muy populares entre los jóvenes, presentan una amplia gama de tutoriales visuales e inspiración pictórica para autolesionarse: anorexia (*thinspiration* o *thinspo*),⁴⁸ cortes y suicidio. Publicar la experiencia propia con cualquiera de estas dolencias ofrece la oportunidad de ganar cientos, incluso miles de seguidores.⁴⁹ Desde la llegada del smartphone, la anorexia, los cortes y el suicidio han aumentado de modo espectacular.⁵⁰

En Estados Unidos, la adolescencia de una chica es práctica-

45. *Ibidem*.

46. Jean Twenge, «Have Smartphones Destroyed a Generation?», *The Atlantic*, septiembre de 2017, <<https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2017/09/has-the-smartphone-destroyed-a-generation/534198/>>.

47. Kurt Schlosser, «New Research Finds 95% of Teens Have Access to a Smartphone; 45% Online “Almost Constantly”», *GeekWire*, 1 de junio de 2018, <<https://www.geekwire.com/2018/new-research-finds-95-teens-access-smartphone-45-online-almost-constantly/>>.

48. Palabra inglesa, unión de «thin» (delgada) e «inspiration» (inspiración). Muy habitual en los blogs proanorexia y probulimia. (*N. de la t.*)

49. Véase Helena, «How Mental Illness Becomes Identity: Tumblr, a Callout Post, Part 2», *4thWaveNow*, 20 de marzo de 2019, <<https://4thwavenow.com/2019/08/13/how-mental-illnesses-become-identities-tumblr-a-callout-post-part-2/>>.

50. Esto está documentado en la maravillosa entrada citada antes del

mente sinónimo de preocupación por que el propio cuerpo no esté a la altura. En épocas anteriores, el ideal de belleza podía adoptar la forma de unas pocas chicas de la clase; las que no podían evitar ser guapas, que se apoyaban en sus taquillas, se atuaban el pelo y —lo más inexplicable para mí— sabían cuándo sonreír y mantener la boca cerrada. Pero sólo unas pocas compañeras de clase eran tradicionalmente hermosas, algo que el resto de nosotras aceptábamos a regañadientes. Y ni siquiera ellas eran perfectas, no de verdad. Eran seres humanos, como lo confirmaron muchas de nuestras interacciones (siempre en persona): complicadas y vulnerables, inclinadas a la mortificación y a dar pasos en falso, igual que el resto de nosotras. Llevaban demasiado perfume. Sus sonrisas brillaban con los aparatos. La pubertad les llegó de golpe y sin aviso, y mancharon sus vaqueros de sangre y su ropa de gimnasia de sudor.

Las personas de las redes sociales —es decir, los «amigos» más relevantes para los adolescentes de hoy en día y con los que pasan más tiempo— no admiten tal imperfección. Minuciosamente editadas, mejoradas y retocadas con Facetune,⁵¹ sus fotografías establecen un estándar de belleza que ninguna chica de verdad puede alcanzar. Y están metidas siempre en el bolsillo de alguna chica, alimentando el miedo a no ser lo bastante buena, así como la obsesión por sus defectos percibidos; a la vez que los exageran significativamente.⁵²

Incluso en las mejores circunstancias, las adolescentes han sido crueles e implacables críticas de sus propios cuerpos, y del de las demás. Pero, hoy en día, las redes sociales proporcionan el microscopio y realizan los cálculos.

¿Cuánto menos guapa eres que tu amiga? La adolescente de hoy no necesita aventurar una conjetura. Una simple disminu-

blog, Helena, «How Mental Illness Becomes Identity: Tumblr, a Callout Post, Part 2».

51. «Facetune», Wikipedia, 26 de noviembre de 2019, 12:00 U.T.C., <<https://en.wikipedia.org/wiki/Facetune#Criticism>>.

52. «A New Reality for Beauty Standards: How Selfies and Filters Affect Body Image», EurekAlert!, Boston Medical Center, 2 de agosto de 2018, <https://www.eurekalert.org/pub_releases/2018-08/bmc-anr080118.php>.

ción de los «me gusta» hace que ese cálculo sea bastante fácil. El fracaso está predeterminado, es público y profundamente personal.

Sabemos que las redes sociales hacen que la gente se sienta ansiosa y triste. Sabemos que, como grupo, las adolescentes son las más afectadas por sus efectos negativos. Pero también hay algo más, es más probable que en la actualidad las adolescentes, que históricamente se enfrentaron a los desafíos de la vida en pareja y en grupo, los afronten solas.

Los miembros de la generación Z son menos propensos que los de generaciones anteriores a ir a fiestas, pasar el rato con sus amigos, salir con alguien, dar un paseo en coche, ir de compras o incluso al cine.⁵³ En 2015, los estudiantes de último año de secundaria salían con sus amigos con menos frecuencia de lo que lo hacían los de octavo grado sólo seis años antes.⁵⁴ Cuando se encuentran en persona, son mucho más proclives a llevar a uno de sus padres.

Con mamá siempre merodeando por ahí, también es mucho más difícil que corran riesgos; menos probable que fumen, beban o conduzcan de forma temeraria. Eso parece ser algo bueno. Sólo el 71 por ciento de los estudiantes de secundaria tiene carné de conducir, el porcentaje más bajo en décadas.

Pero la sobreprotección tiene su costo. Asumir riesgos proporciona un puente indispensable en el accidentado camino a la edad adulta.⁵⁵ Los jóvenes de dieciocho años tienen hoy la madurez emocional de los de quince años de la generación X; los de trece años, de los de diez de la generación X. Twenge escribe: «Físicamente los adolescentes están más seguros que nunca, pero mentalmente son más vulnerables».⁵⁶

Son mucho menos dados a sufrir las heridas causadas por la despreocupación e imprudencia adolescente, pero también a en-

53. Twenge, «Teens Have Less Face Time with Their Friends».

54. *Ibidem*. Twenge ha examinado tendencias en las formas en que 8,2 millones de estadounidenses han pasado el tiempo con sus amigos desde los años setenta.

55. Éste es un punto que Greg Lukianoff y Jonathan Haidt analizan en su notable libro *The Coddling of the American Mind*, pp. 19-32.

56. Twenge, «Have Smartphones Destroyed a Generation?».

durecerse con las cicatrices. Sumérgete en el crisol de la experimentación adolescente, y puedes sufrir daños. Sobrevive, y es probable que tras lograr desprenderte de tanta fragilidad, te vuelvas más duro.

Como parte de la investigación de esta moda transgénero, hablé con más de cincuenta padres. Escuché repetidas veces una variante de: «Mi hija tiene diecisiete años, pero si la conocieras, pensarías que tiene catorce».

Muchas de las adolescentes que caen en la locura transgénero llevan una vida de clase media alta, típica de la generación Z, atendidas cuidadosamente por personas para las que «ser padre» es un verbo activo, incluso un trabajo de por vida, y suelen ser estudiantes brillantes. Hasta que la fiebre transgénero no se apodera de ellas, estas adolescentes destacan por su simpatía, compañerismo y la ausencia total de rebeldía. Nunca han fumado un cigarrillo; nunca beben.

Tampoco han sido nunca sexualmente activas. Muchas nunca han besado a nadie, ya sea chico o chica. Según la terapeuta Sasha Ayad, cuya consulta se dedica en gran medida a tratar a adolescentes que se identifican como transgénero, muchas nunca se han masturbado. Para ellas sus cuerpos son un misterio y han explorado poco sus deseos más profundos, en gran parte desconocidos.

Pero sufren, sufren mucho. Están ansiosas y deprimidas. Son complicadas, desmañadas y tienen miedo. Como el bebé que aprende a evitar el borde de la cama,⁵⁷ sienten que hay un abismo peligroso entre las chicas inestables que son y las mujeres glamorosas que los medios sociales les dicen que deben ser. Han perdido toda esperanza de salvar esa brecha.

Internet no les concede ni un día de tregua, ni siquiera una hora. Quieren sentir los altibajos del romance adolescente, pero la mayor parte de su vida transcurre en el iPhone. Prueban a

57. Véase Megan Gannon, «How Babies Learn to Fear Heights», *Live Science*, 26 de julio de 2013, <<https://www.livescience.com/38432-how-babies-learn-to-fear-heights.html>>. Alrededor de los nueve meses, los bebés empiezan a desconfiar de las alturas.

cortarse. Coquetean con la anorexia. Los padres las llevan de inmediato al psiquiatra, que les receta fármacos para mejorar su estado de ánimo y que les provoca cierto embotamiento de la cabeza; lo que ayuda, a menos que el objetivo sea sentir algo.

¿Dónde está toda la escandalosa diversión que les corresponde por derecho? Han escuchado las historias de sus padres; han visto películas. Es difícil recrear ese épico viaje por carretera cuando pocos de tus amigos conducen y los padres prefieren que así sea. Podrían ir al centro comercial, si no lo hubieran cerrado y si los adolescentes siguieran yendo al centro comercial (cosa que ya no hacen). Las intermediaciones locales no pueden compararse con los laberínticos pasillos, ingeniosamente personalizados, que facilitan sus teléfonos móviles.

Hace una década, si alguna vez se te ocurría que los transexuales mujer-hombre existían, podías haber pensado en el retrato que Hilary Swank hizo de Teena Brandon en la película biográfica de 1999 *Boys Don't Cry*. La caracterización de Swank es cautivadora. Teena Brandon adopta el nombre de «Brandon Teena», persigue a chicas, bebe grandes tragos de cerveza y se pasea en coche por la Nebraska rural vestida de chico, y casi siempre logra hacerse pasar por uno. Brandon tiene una visión sorprendentemente conservadora de la felicidad. Lo que Brandon quiere es encontrar a la chica adecuada, conquistarla, casarse con ella y hacerla feliz.

Te pasas toda la película deseando con todas tus fuerzas que lo consiga. El abuso que Brandon soporta heroicamente, saber que nadie en su lugar y tiempo es capaz de ofrecerle la amabilidad o aceptación que Brandon anhela, la devastadora certeza de que esta historia sólo puede terminar en tragedia; todo eso queda registrado en el nudo que se le hace al espectador en el estómago.

En la actualidad, las adolescentes que se identifican como transgénero apenas tienen nada que ver con esta imagen. No quieren «pasar» por un chico, no mucho. Por lo general rechazan la dicotomía niño-niña que Brandon Teena da por sentado.

No se esfuerzan demasiado en adoptar los típicos hábitos de los hombres: rara vez se compran un juego de pesas, ven fútbol o se comen a las chicas con la mirada. Si se cubren con tatuajes, más que los que las señalan como algo estereotípicamente masculinas, prefieren los femeninos de flores o animales de dibujos animados: *queer* y, por supuesto, nada de «hombres cis». Huyen de la condición de mujer como de una casa en llamas, sus mentes fijas en la fuga, no en un destino en particular.

Sólo el 12 por ciento de las personas nacidas mujeres que se identifican como transgénero se han sometido, o desean, una faloplastia.⁵⁸ No tienen planes de obtener el apéndice masculino que la mayoría de la gente consideraría un rasgo definitorio de masculinidad. Como me explicó Sasha Ayad: «Recibo una respuesta frecuente de mis pacientes, algo así como “No sé exactamente si quiero ser un tío. Sólo sé que no quiero ser una chica”».

«Julie»

Para la mayoría de las chicas, la perspectiva de convertirse en bailarina profesional de *ballet* es una quimera, pero durante los años de escuela secundaria de Julie aquello fue una posibilidad real. Sobresalía en la técnica de puntas, por lo que en su compañía de danza se hacía con los mejores papeles y bailaba sin parar. El verano significaba más baile, no menos, y reunía los requisitos para participar en un exclusivo intensivo de verano, al que asistía cada julio.

Sus madres son gais del medio oeste, una abogada patrimonialista y otra orientadora escolar, ninguna de ellas ideologizada ni activista. «Ninguno de nuestros amigos es homosexual, simplemente porque nuestros amigos son quienes son nuestros ami-

58. Según el Centro Nacional para la Igualdad Transgénero 2015 U.S. Transgender Survey, sólo el 12 por ciento de los individuos nacidos mujeres que se identifican como transgénero se ha sometido, o incluso desea, una faloplastia. National Center for Transgender Equality, <<https://www.transequality.org/sites/default/files/docs/USTS-Full-Report-FINAL.PDF>>.

gos. Así que nuestros amigos son normales», me dijo Shirley, una de las madres de Julie, antes de estallar en una risa repentina: «Ahí está esa palabra, *inormal!*». Basándose en los enamoramientos de Julie, siempre creyeron que su hija era heterosexual, lo cual les parecía perfecto.

Hasta tercero educaron a Julie en casa. En cuarto, sus madres la matricularon en una escuela privada sólo para chicas, en la que de inmediato destacó académicamente y luchó por encajar socialmente. Julie tenía algunas amigas, aunque no muchas. «Siempre ha sido una niña muy física. Fue uno de los motivos por los que se dedicó a la danza, porque tenía mucha energía física.» En el instituto, empujó a una chica y la expulsaron. «Estaban todas alborotadas haciendo el ganso en la parada del autobús y resultó que la chica en cuestión se acababa de someter a una cirugía abdominal; por supuesto, Julie no lo sabía.»

En segundo del instituto, se animaba a todas las chicas a participar en alguna actividad escolar, y Julie se unió a la Alianza Gay-Heterosexual (GSA, por sus siglas en inglés), un conocido club de estudiantes. Sus madres lo consideraron una agradable muestra de solidaridad con una comunidad que las incluía a ellas. Pero a la participación de Julie en el club no le siguió ningún anuncio de salida del armario. «Hasta donde yo sabía, se identificaba como heterosexual. Era muy chica, muy femenina. Parecía normal», dijo Shirley, y volvió a estallar en una risa avergonzada.

Ni en la niñez ni en la pubertad Julie tuvo un historial de disforia de género. «Era un cuerpo en desarrollo, y en la piscina llevaba bikini. Ya sabes, una chica normal de quince, dieciséis años.»

Más de una vez su madre la animó a saltarse la reunión de la GSA de la mañana y dormir hasta tarde. Julie se negaba. En la GSA había una chica mayor que ella, Lauren —estudiante de segundo año—, de cuya buena opinión Julie parecía ser esclava. Shirley me confesó que «Todo giraba en torno a Lauren».

Sus madres estaban un poco desconcertadas por el grado en que Julie parecía reverenciar a su nueva amiga. A menudo quedaba con Lauren después del instituto, ella la introdujo al anime

(imágenes animadas por ordenador de criaturas antropomorfas). Shirley me dijo que «No tenía ni idea de que estuviese vinculada a toda esta cultura trans». Julie comenzó a visitar DeviantArt, un sitio web para compartir arte con un gran número de seguidores transgénero y con mucha ideología de género en su sección de comentarios.⁵⁹

En su segundo año de instituto, Julie consiguió el papel de Cenicienta en el *ballet* homónimo. Invitó a la representación a todos sus amigos y a dos de sus profesores. «Estaba entusiasmada e hizo un trabajo realmente bueno.» Cuando Julie salió al escenario a saludar, Shirley notó que miraba a Lauren. «Parecía como si se avergonzara de sí misma y desapareciera. Succionada de su cuerpo toda alegría.» Para entonces, aunque las madres de Julie todavía no se habían enterado, Lauren había salido del armario como «transgénero». Tampoco sabían que Julie jugaba con la idea de adoptar esa identidad.

Como ocurre en el *ballet*, las representaciones pertenecientes a un género van en contra de la identificación trans. Para los adolescentes transgénero, el comportamiento de género que concuerda con el propio sexo es el máximo disparate y desmascara como un fraude a quienes no se comprometen, los que después de todo en realidad son «cis».

Pero Julie seguía tanteando el terreno de la ideología de género. Aquel año, una de sus amigas hizo en clase una presentación oral sobre género e identidad sexual. La amiga les mostró la «galleta de jengibre», una clásica herramienta de formación sobre la identidad de género, en la que en una galleta de jengibre se esquematiza el contorno de una persona. Las flechas sitúan el lugar de la «identidad de género» como el cerebro; el de la «atracción» como el corazón; la «expresión de género» como todo el cuerpo, y para el «sexo» biológico, una flecha señala donde estarían los genitales.

Julie quedó cautivada. Shirley, perturbada. «Pensé: “¿Tiene

59. «Why is DeviantArt So In Favour of the Transgender Community?», DeviantArt Forum, 26 de noviembre de 2016, <<https://www.deviantart.com/forum/community/complaints/2251465/>>.

algún sentido desmenuzar a una persona de esta manera? ¿Por qué seccionarse en todos estos pequeños compartimentos?».

En el segundo año, la presión de la compañía de *ballet* de Julie se intensificó. La competencia con los otros artistas era feroz. «Estaba ansiosa y deprimida. Nos contó que se había estado cortando.» De inmediato sus madres le buscaron una terapeuta. Durante el primer encuentro, ésta planteó a Julie la posibilidad de que tuviera disforia de género y la remitió a un endocrinólogo para una terapia hormonal. «Fue la primera y última sesión, pongámoslo así.»

Sus madres encontraron otra terapeuta, que se reunía con Julie dos o tres veces al mes. «Era cuanto podíamos permitirnos.» Las madres también pagaban la costosa escuela privada y el *ballet*.

La terapeuta comenzó la sesión preguntando a Julie su nombre y pronombre preferido. Julie dio un nombre y pronombres masculinos, que es como a partir de entonces la terapeuta se refirió a ella. Pero en lugar de satisfacerla, a Julie toda esta afirmación parecía volverla más ansiosa e infeliz. «Cada vez que nuestra hija salía de una de esas sesiones, en las que la terapeuta la afirmaba, se enfadaba y se mostraba distante y engreída.»

En tercero, creció el desencanto de Julie con el *ballet* así como su entusiasmo con un sueño diferente, convertirse en chico. Se cortó el pelo y pidió a sus madres que usaran su nuevo nombre y pronombre. «Durante un tiempo nos resistimos. Luego pensamos: “Bueno, podemos probar y ver qué tal va”. Pasó lo mismo. Cuando empezamos a llamarla por el nombre que había elegido se mostró más enfadada, displicente, emocionalmente distante. Después de un par de días o una semana, vimos un patrón, fue como: “Bueno, esto no nos lleva a ninguna parte”. Lo abandonamos.»

Shirley se reunió con el personal administrativo del instituto, y le aseguraron que mientras Julie estuviera en su escuela de chicas, la tratarían como tal y usarían su nombre y pronombre femeninos. «Bueno, eso no fue lo que pasó.»

Sin el conocimiento o permiso de sus madres, los profesores, administradores y amigos de Julie accedieron a su petición y co-

menzaron a referirse a ella como un estudiante varón y con su nuevo nombre masculino. Julie comenzó a llevar una especie de doble vida. «Cuando pasaba demasiado tiempo en el instituto o en el ordenador, se volvía taciturna, retraída, malhumorada. No teníamos ni idea de que estaba adocrinándose con vídeos de YouTube.»

Las madres aún no conocían a los *influencers* trans de YouTube que Julie había empezado a ver de manera intensa. Pero sentían que su hija se les estaba escapando. Shirley me explicó: «Recuerdo con toda claridad que una vez la senté y le dije: “Si realmente creyera que esto es lo correcto para ti, te ayudaría con lo que fuera para que te sintieras cómoda en tu piel. Pero no hay nada en tu historia que me lleve a creer que esto sea lo adecuado para ti”». Julie subió a su habitación para pensar sobre lo que le había dicho su madre. Cuando volvió a bajar, parecía haber recuperado la calma.

Un día, mientras cenaban, hubo otro momento en el que Julie estaba hablando sobre varias identidades de género y, un poco exasperada, su madre dijo: «Eso parece una caja pequeña en la que meterse. ¿Así que una mujer es alguien que se identifica con una muñeca Barbie, usa bikini y es malvada y rencorosa? Lo que hace que alguien sea una mujer es la biología, no los estereotipos hiperfemeninos».

La salud mental de Julie comenzó a deteriorarse. Una noche, cuando una de sus madres volvió a casa de un segundo trabajo, encontró a su hija en pleno ataque de pánico. La llevaron al hospital, donde los médicos confirmaron que físicamente se encontraba bien. A la mañana siguiente, mientras Julie dormía, una de sus madres revisó su teléfono. Encontró una serie de mensajes entre Julie y otra chica que se refería a Julie como «el mejor novio» que había tenido. La madre se angustió, tanto por el hecho de que esta otra chica se dirigía a Julie como un chico, como porque nada de todo aquello parecía hacerle bien a su hija.

En el último año, aceptaron a Julie en un programa universitario de bellas artes con una beca parcial. Pero tras presenciar la transformación de Julie en una adolescente huraña con una salud mental vacilante, a sus madres les ponía nerviosas dejarla ir. Le pidieron que se tomara un año sabático.

A los dieciocho años, Julie se marchó de casa, se inscribió en Medicaid —aunque todavía estaba dentro del seguro de sus madres— y comenzó un ciclo de testosterona. Julie encontró una compañía de danza local que le permitía ensayar como hombre. Pero, me dijo Shirley, físicamente no era lo bastante fuerte. «Por lo que tengo entendido, el coreógrafo tuvo que volver a coreografiar tres veces varios bailes porque [en calidad de hombre] no podía mantener el ritmo. Se le cayeron un par de bailarinas.» Su madre temía que la aparente fijación de Julie acabara por lastimarla, a ella o a alguien más. La reprendió: «No se trata sólo de tu cuerpo y de tu carrera. Hablamos del cuerpo y la carrera de otra persona. Acabarás por hacerles daño de algún modo».

Para entonces Julie había dejado de aceptar y seguir los consejos de sus madres. Cortó de golpe todo contacto con ellas. Tiene cientos de seguidores en Instagram; sus madres tienen bloqueado el acceso a la cuenta.

«Tenemos a alguien que ha podido husmear en su Instagram. Vi una foto de Julie después de que se hiciera la mastectomía, tumbada en la cama del hospital con lágrimas de alegría mientras confesaba que aquél era el mejor día de su vida, y cuatrocientos de sus animadores que le decían cosas del tipo: “Olé”, “Un trabajo increíble”, “Estamos muy orgullosos de ti”, “Puedes hacerlo”. Ya sabes, lo típico.»

Desmenuzar la infancia

Cuando pienso en mis años de secundaria en los noventa, nadie salía del armario como «trans». Y hasta los últimos cinco años, eso es precisamente lo que podrían haber previsto las estadísticas relativas a la disforia de género. En torno a un 0,01 por ciento de la población quiere decir que es muy probable que en el instituto tú tampoco hayas estudiado con nadie que fuera «trans».⁶⁰ Pero

60. Kenneth J. Zucker *et al.*, «Gender Dysphoria in Adults», *Annual Review of Clinical Psychology*, 12, n.º 1 (marzo de 2016), p. 217, <<https://www.annualreviews.org/doi/abs/10.1146/annurev-clinpsy-021815-093034>>.

eso no significa que las chicas fueran un monolito o que todas expresáramos nuestra femineidad de la misma manera.

Yo era una «marimacho», una chica poco femenina, lo que en esencia significaba que sobresalía en los deportes y prefería la compañía comparativamente sencilla de los chicos. A menudo la amistad con las chicas me resultaba tan desconcertante como entrar en la caja fuerte de un banco, con todos esos láseres invisibles que disparan en todas direcciones y activan alarmas de repentinas ofensas.

Pero como cualquier adolescente te dirá, la chica «marimacho» ya no existe. En su lugar hay una interminable letanía de identidades sexuales y de género, públicas, rígidas y limitadas. Como me explicó Riley, una joven de dieciséis años que empezó a identificarse como chico a los trece: «Creo que hoy en día ser una chica masculina es difícil porque ya no existen. Ahora hacen la transición». Esto es, transición a chico.

Años después de mi graduación de la secundaria, algunas de las chicas que habían salido con los chicos más guapos del instituto declararon ser gays. Otras de las que sospechábamos que eran gays, resultaron no serlo. Ninguna se sentía presionada para tomar decisiones de identidad de las que no pudiera retractarse con facilidad.

En la actualidad, mucho antes de que hayan terminado el desarrollo sexual que de otra manera guiaría el descubrimiento de quiénes son o qué desean, en todas partes se presiona a las adolescentes y preadolescentes para que se posicionen en un espectro de género y en una taxonomía de la sexualidad. Mucho antes de que hayan tenido alguna experiencia romántica o sexual. A las jóvenes a las que sus pares juzgan insuficientemente femeninas, ahora se les pregunta: «¿Eres trans?».

En otra época, muchas de las chicas que hoy en día se están viendo acorraladas en una identidad trans podrían haber salido del armario como gays. La prominente escritora gay Julia D. Robertson me dijo: «Nos encontramos en una situación en la que se presiona a las jóvenes lesbianas a ceder a esta nueva idea de lo que es ser lesbiana». Esa «nueva idea» es que las lesbianas no existen: las chicas con una presentación más masculina son «en realidad» chicos.

Hoy algunas adolescentes se identifican como lesbianas, pero es difícil pasar por alto que esta identidad tiene mucho menos caché que ser trans. Riley me comentó que, de su escuela británica sólo de chicas, quince estudiantes de entre quinientas han salido del armario como transgénero. Le pregunté: «¿Cuántas de ellas son lesbianas?». Lo pensó un momento, y vi que le sorprendió su propia respuesta: «Ninguna».

«Sally»

Siendo como era un prodigio en los deportes y físicamente atrevida, si Sally hubiera nacido en una generación anterior habría sido calificada de «marimacho». «Siempre estaba haciendo el loco —me dijo su madre—. Creo que tenía mucha confianza física.» La menor de tres hijos, pasó sus primeros años luchando para seguir el ritmo de sus dos hermanos mayores.

«Con cuatro o cinco años, pasó un breve período en el que quería ser un niño. Pensamos que tenía que ver con el hecho de tener hermanos mayores. Incluso llegó a cortarse el pelo con las tijeras.»

Los padres no le dieron importancia. Los dos hermanos mayores eran todo su mundo, y su deseo de ser niño no era ni pronunciado, ni serio, ni persistente, sólo una «pequeña fase» que «iba y venía». La literatura académica apoya la idea de que no es raro que los niños pequeños expresen periódicamente el deseo de ser del sexo opuesto.⁶¹

Mary, la madre, me explicó con un fuerte acento del medio oeste: «Lo único que nos dijimos fue: “Caramba, me pregunto si acabará siendo lesbiana”».

Según Mary, Sally era una niña de ensueño: feliz, obediente, a la que le resultaba fácil hacer amigos y que iba a la suya. «Dios, era la más fácil de los tres —me aseguró su madre—. Tiene dos

61. Véase K. J. Zucker, S. J. Bradley y M. Sanikhani, «Sex Differences in Referral Rates of Children with Gender Identity Disorder: Some Hypotheses», *Journal of Abnormal Child Psychology*, 25 (1997), pp. 217-227.

hermanos mayores, así que tuve a mis tres hijos en cinco años. Aquello era un zoológico. Siempre fue un zoológico. Pero ella iba a lo suyo. Fue antes de que el tema de los ordenadores supusiera un verdadero problema. Formarían un club o elaborarían un periódico.»

Siguió imponiéndose la prodigiosa habilidad deportiva de Sally. A los once años aprendió a montar el monociclo que sus padres le regalaron por su cumpleaños. Practicaba en el camino de entrada, agarrándose al sedán familiar. «Dios mío, se cayó un millón de veces —me contó su madre—. Pero luego comenzó a pasearse por la ciudad en el monociclo, y la gente decía: “¡Guau, mira esa niña!”.» En el instituto, Sally sobresalió como nadadora.

En el primer año de secundaria, Sally nadó en el equipo universitario. Participó tres años seguidos en el campeonato estatal, destrozó las marcas de su instituto en estilo libre y mariposa y ganó el título. Entrevistada en los periódicos locales tras los récords que batió, lo que más enorgullecía a Mary era la naturaleza y el carácter de la joven. Tenía una sonrisa blanca como la nieve y nunca se olvidaba de dar las gracias a sus entrenadores ni de alabar a sus compañeras de equipo. Nunca admitió —y tal vez nunca creyó— que podría haber logrado tanto sin todos ellos. «Me sentía tan orgullosa —me dijo su madre—. Era una persona muy feliz, normal y equilibrada.»

Durante su primer año de instituto, Sally salió con Jordan, un joven de su clase. «Nos gustaba mucho ese chico. Creo que ella lo probó. Creo que pensó que tal vez podría intentarlo con él y que al final se dijo: “No tengo ganas de esto. Es un buen chico, es un gran chico, nunca me ha hecho nada malo, pero no siento nada”.» Mary y su marido, Dave, aceptaron sin dramatismo lo que habían sospechado durante años, que era probable que Sally fuera gay.

Mary y Dave trataron de darle a Sally espacio para que saliera del armario si ella así lo quería. Mary siempre había sido de tendencia política liberal, líder de PFLAG⁶² y partidaria del matri-

62. Parents, Families, and Friends of Lesbians and Gays (PFLAG, en español: padres, familias y amigos de lesbianas y gais), como su propio nombre in-

monio homosexual mucho antes de que fuera legal. Observó desde lejos cómo su hija perdía la cabeza por otras chicas y le dolía darse cuenta de que con frecuencia no era correspondida.

Aun así, para Sally la secundaria fue una época de insignes logros. En el último año, añadió a su currículum ser finalista del premio National Merit. Sally fue admitida en la universidad de la Ivy League de su preferencia, donde la reclutaron para el equipo de natación. Mary estaba exultante de alegría. «En muchos sentidos, fue como si se cumplieran mis deseos. Ver los hermosos dormitorios y el campus y los edificios históricos y saber que mi hija podría experimentar todo aquello.»

Para Mary y Dave, la universidad de la Ivy League era cara, por lo que para costearla tuvieron que pedir un crédito de cien mil dólares. «Estaba muy orgullosa. La pagaba con gusto. Asuimos de buena gana una segunda hipoteca», aseguró Mary.

Sally salió del armario como lesbiana en la universidad, y para sus padres, durante el primer año; Mary y Dave se sintieron aliviados. «Pensamos que era algo bueno. Nos mostramos muy receptivos. Nos gustaban sus novias. Ya sabes, venían y se quedaban en casa.»

Pero para entonces, Mary también estaba más que distraída. Unos años después de la universidad, su hijo mayor, Henry, que había sido deportista universitario, sufrió un accidente de coche yendo en el asiento del acompañante. En el marco de la rehabilitación le recetaron grandes dosis de opiáceos, a los que se volvió adicto. En el penúltimo año de Sally, los doctores de Henry le quitaron de golpe los opiáceos, pero para entonces llevaba años subido en una nube. Al final, deseoso de alivio recurrió a la heroína.

La novia durante años de Sally, de la que estaba locamente enamorada, la dejó y le rompió el corazón. «Fue muy difícil porque esta otra chica era muy querida. Parecía que la mayoría de las jóvenes sólo gravitaban hacia la otra persona. Ahí estaba mi hija, en el último año de la universidad y sin amigas.» En el foro

dica, es una organización de familiares y amigos de lesbianas, gais, bisexuales y transexuales (LGBT) fundada en Nueva York en 1972. (*N. de la t.*)

online más conocido del campus, las chicas escribieron cosas feas y malvadas sobre Sally. Ridiculizaron su apariencia, especificando la precisa anatomía de sus defectos físicos. Dieron a entender que se merecía que la hubieran dejado.

Sally colapsó emocionalmente. Tenía accesos de llanto que se prolongaban hasta la noche. Por primera vez en mucho tiempo, Mary estaba muy preocupada por su hija. Sin saber qué más hacer, Sally recurrió en el campus a una asesora de salud mental. Mary explicó: «Fue entonces cuando creemos que le sugirieron la idea de que tal vez fuese transgénero. Sally se rapó la cabeza y comenzó a llevar traje y corbata. Supongo que fue algo natural que sugirieran que éste podría ser su problema».

Excepto que hasta que no se lo sugirió su terapeuta, Sally nunca había creído ser transgénero. Siempre se había considerado a sí misma lesbiana. Le gustaba vestir ropa masculina, lo que para ella era simplemente parte de ser una mujer gay. Nunca le molestaron los pechos ni su cuerpo; nunca había afirmado ser «realmente» un chico. Sally comenzó entonces a hablar por primera vez en estos términos.

Cuando volvió a casa para las vacaciones de primavera, Sally dejó su página de Facebook abierta y, desesperada por saber más, Mary leyó la correspondencia de su hija. «Estaba en contacto con una chica... que se había hecho una mastectomía y estaba más o menos indicando a mi hija cómo contarnos que era trans.»

Sally volvió a salir del armario ante sus padres, esta vez como «trans», y manifestó que quería empezar la terapia hormonal para que su cuerpo reflejara esta identidad. Para Mary, eso era ir demasiado lejos. Le dijo a Sally: «Pienso que no debes someterte a ningún tratamiento médico. Considero que sería un gran error porque no creo que seas un hombre, y opino que no podrás llegar a serlo nunca».

El mensaje pareció calar durante algún tiempo; Sally dejó de mencionar el tema de transicionar y Mary se sintió aliviada. Sally se graduó y se mudó a Nueva York para comenzar un período de prácticas no remuneradas en el sector de las organizaciones sin fines de lucro. Mientras Sally se esforzaba en convertir unas prácticas en un trabajo a tiempo completo, Mary y Dave pagaron

la fianza de su apartamento y el primer año de alquiler. Sally no mencionó a sus padres ningún plan para someterse a un tratamiento médico de cambio de género, pero todos los amigos que hizo en Nueva York parecían ser transgénero. Sally comenzó a ver a un terapeuta de género. «Y se metió de lleno en el mundo trans.»

Cuando Sally fue a su casa de visita, Mary notó que se fajaba el pecho y que había empezado a fumar cigarrillos. También advirtió que cada vez más dedicaba su página de Instagram a su identidad transgénero y a la marihuana. «Hicimos un pequeño viaje juntas, y [Sally] tuvo algunos problemas respiratorios. Terminó dos veces en urgencias, sin poder respirar... Le dije que no me sorprendía que entre fumar y fajarse el pecho tuviera problemas para respirar.» Según Sally le explicó más tarde, ese comentario no sólo hirió sus sentimientos, sino que la hizo «sentirse insegura».

Pero la gota que colmó el vaso fue algo que pasó con Dave. Sally buscaba trabajo en servicios jurídicos y le estaba costando encontrar uno. Un día quedó con su padre para almorzar en la ciudad. Dave le recomendó algo que él consideraba de sentido común: «Al buscar un empleo de este tipo —le sugirió—, deberías intentar parecer un poco más normal. Si quieres conseguir un trabajo, es probable que tengas que moderar un poco tu aspecto».

Al final, Sally consiguió la clase de empleo que estaba buscando, lo bastante bien remunerado para pagarse el alquiler. Una semana después, envió a sus padres un correo electrónico en el que les informaba que los consideraba «tóxicos», que con ellos no se sentía «segura» y que no deseaba seguir manteniendo el contacto. Preocupada de que Sally estuviera yendo por mal camino, Mary se apresuró a explicarse a su hija, pero Sally ya no quiso escucharla.

«Le pagamos la matrícula y toda la universidad. Pagamos para que se estableciera en la ciudad de Nueva York. Le dimos dinero para que pudiera vivir durante los primeros seis meses en los que hizo prácticas no remuneradas hasta lograr encontrar su primer empleo. La semana antes de cortar todo contacto con nosotros,

nos pidió prestados dos mil dólares.» Mucho después de que ella dejara de devolver sus llamadas o correos electrónicos, Mary y Dave siguieron pagando el móvil y el seguro médico de Sally. «Somos tóxicos, pero nuestro dinero no lo es.»

La pubertad es un infierno

La pubertad es una prueba para cualquiera, quizá en especial para las chicas. Los dolores menstruales, la hinchazón y el acné conspiran para confirmar que en realidad tu cuerpo te odia. ¿Por qué si no iba a lanzar fuegos artificiales tan claramente diseñados para confundir y alarmar, como el dolor aplastante y el repentino flujo de sangre? Nunca son más fuertes que para las recién incorporadas.

Las chicas que soportan estos cambios nunca han sido tan jóvenes. Según *Scientific American*,⁶³ entre las jóvenes estadounidenses la edad media de la menarquia es ahora de doce años, por debajo de los catorce de hace un siglo. Ahora, la edad media del crecimiento del pecho es de nueve a diez años.

Todo eso sería ya bastante malo si la pubertad fuera un asunto privado, pero no lo es. Ningún debut capta tan rápido el interés de chicos y hombres como la aparición del pecho. El cambio coloca a una chica muy joven bajo el foco de la incómoda atención de hombres de la edad de su padre. Puede que cuando les crezca el pecho ellas no se «sientan» sexuales (la mayoría de las veces, así es). Casi seguro que no están psicológicamente preparadas para las insinuaciones sexuales, pero recibirán la atención de los hombres y nunca antes la habían acaparado tan jóvenes.

La pubertad también es el momento en que la actual locura transgénero suele arraigar entre las chicas. Se sienten alienadas de un cuerpo que las aporrea desde el interior. El estrés causado por la pubertad es antiguo. Lo que es nuevo es la relativa incapa-

63. Virginia Sole-Smith, «Why Are Girls Getting Their Periods So Young?», *Scientific American*, mayo de 2019, pp. 38-40, <<https://www.scientificamerican.com/article/why-are-girls-getting-their-periods-so-young/>>.

cidad de las adolescentes de hoy en día para soportarlo y la constante presencia de aparentes alternativas.

Además, está la puesta en escena de nuestra era de «soluciones temporales», caracterizada por la convicción de que nadie debe aguantar ningún tipo de malestar. Ritalin para la falta de atención; opiáceos para el dolor; Xanax para los nervios; escitalopram para la tristeza; testosterona para la pubertad femenina.

La adolescencia es una larga travesía, y los adolescentes de hoy, amantes de las pantallas, componen una tripulación impaciente. Así pues, se les puede perdonar que adopten el credo contemporáneo: «Para eso debe haber una pastilla».

«Gayatri»

Su padre, un inmigrante indio y médico, me dijo que Gayatri siempre había sido «bastante femenina». De pequeña le encantaban Dora la Exploradora y las princesas de Disney. Le gustaba mucho emperifollarse con ropa elegante y jugar alegremente con otras niñas. No mostraba ningún signo de disforia de género.

Lo que no quiere decir que su cuerpo siempre le facilitara las cosas. Gayatri nació con un leve trastorno neurológico que convierte en lucha el control de la motricidad fina y en bochorno ocasional el control de la motricidad gruesa. Cuando sostenía un vaso de agua sus manos temblaban, y las carreras solían acabar en caída.

Aunque nunca fue una estrella académica del nivel de su hermano mayor, era brillante. Su escritura solía ser ilegible. Cuando era niña y correteaba por todas partes resultaba más fácil pasar por alto su torpeza física, pero cuando llegó a la pubertad se hizo más evidente que no podía acomodar su cuerpo con las expectativas más estilizadas de la adolescencia: caminaba a zancadas con dificultad y su postura era irregular.

Durante el último año en la escuela primaria, una de sus amigas «hizo la transición»: empezó a fajarse el pecho, anunció que tenía un nuevo nombre y pidió a los demás que al dirigirse a ella usaran el pronombre masculino. Los padres de Gayatri eran bas-

tante progresistas. En aquel momento, ninguno de los dos le dio demasiadas vueltas al cambio, que tampoco pareció causar mucha impresión en su hija.

Pero al año siguiente, en primero de secundaria, sus padres le compraron un ordenador portátil y, después de mucho rogar, un smartphone. Comenzó a pasar mucho tiempo en Tumblr y DeviantArt, el sitio web para compartir arte con gran número de seguidores transgénero. Empezó a hablar con su madre sobre la identidad de género. Las conversaciones tenían cierto aire impreciso e hipotético, y sus padres ignoraban que sus pensamientos tuvieran algo que ver con el tiempo que pasaba en la web. Llegó el verano con sus largos días por delante. Cada momento libre de los que Gayatri disponía —y tenía muchos— parecía pasarlo online.

Tal vez sus padres deberían haberse preocupado, pero su madre era ingeniera de software. Se sentían cómodos con la tecnología y aceptaban totalmente internet como un elemento importante de la vida moderna. Gayatri era muy buena chica, confiaban en ella.

En otoño se cortó el pelo corto y se unió a la GSA de su instituto. Informó a la madre sobre su nuevo nombre y pronombre. Pero aliviada de que por fin tuviera amigos, la madre atribuyó el asunto del género a una fase. Después de años de inseguridad social, Gayatri había descubierto una causa que le proporcionaba un lenguaje común con sus compañeros. Un poco desconcertados, los padres aceptaron esta excéntrica afición, aunque nunca accedieron a dirigirse a ella por su nuevo nombre o pronombre.

Vivían en una ciudad liberal del litoral y donde fueras..., bueno, digamos que no se llevaron una gran sorpresa. Su padre manifestó: «Sabemos de cuatro jóvenes de su instituto, incluida mi hija, que están pasando por esto. Parecía exactamente un contagio. Sobre todo porque a lo largo de su infancia, nunca mostró ninguna incomodidad por ser chica».

En la segunda mitad de su primer año, uno de los profesores la propuso para que participara en un retiro de liderazgo; ante lo cual los padres se mostraron encantados y pagaron la cuota con entusiasmo. Su padre dijo: «Siempre tuve un gran aprecio y res-

peto por todas las instituciones de Estados Unidos, empezando por el Gobierno, y la naturaleza federal de todo, los distritos escolares independientes y todo eso». Convencido de que su hija había sido reconocida con un honor especial, examinó el folleto del retiro. El panfleto contenía «cosas positivas» sobre liderazgo y justicia social, lo que sonaba como algo bueno. «Confíe por completo en la escuela.»

Al final del retiro de un fin de semana, los estudiantes representaron una obra para los padres. La madre de Gayatri me explicó: «Toda la representación se centró en la sexualidad y el género. Todo giró en torno a estos niños deprimidos carentes de motivación».

Cada joven se levantó y se presentó con una supuesta identificación de las dificultades: «“Estoy deprimida”; “soy gay”. Entonces, Gayatri se puso de pie. “Soy transgénero y respondo al pronombre elle”. Nos quedamos de piedra, no sabíamos qué hacer», dijo su madre. Después del campamento, Gayatri se deshizo de toda su ropa de chica y abrió una cuenta en Instagram en la que anunciaba su nuevo nombre.

Un día, mientras paseaba el perro con sus padres, Gayatri planteó la idea de empezar con el tratamiento con testosterona y someterse a una cirugía superior. Los padres se alarmaron.

Para entonces se habían enterado de que sin que ellos lo supieran, el instituto de Gayatri había estado usando su «nuevo nombre» y pronombre (aunque nunca en ninguna documentación enviada a casa). Gayatri no sólo había dejado de ser la torpe de la clase, sino que se había reinventado a sí misma como el atrevido chico trans. Los me gusta y los emoticonos que aparecían en su perfil de Instagram hablaban por sí solos: esta nueva identidad era una mejora. Como «chico trans», Gayatri tenía muchos amigos.

Adolescentes en busca de orientación

Dejadme ser la primera en admitir que Amanda —la suma sacerdotisa de las relaciones sexuales en mi instituto— no estaba a la

altura de ser la mentora sexual ideal. Ninguna de nosotras conocía a los chicos con los que decía haber adquirido experiencia. (Casualmente estudiaban en una escuela pública de una ciudad vecina.) Amanda nos ofrecía con generosidad toda clase de indicaciones que nosotras recibíamos con solemnidad, desde cómo besar con lengua (había practicado con otra chica de nuestra clase) hasta cómo hacer una paja (su descripción hizo que sonara inquietantemente parecido a pelar un plátano).

Ensalzaba los encuentros sexuales frívolos y a muchas de nosotras nos animó a experimentar antes de estar listas. Desalentó el uso de condones («A los chicos no les gustan»), insistió en que el sexo no era «gran cosa» y nunca mencionó el coste emocional que con frecuencia una chica paga por mantener un encuentro sexual casual; la extraña sensación de haber dejado escapar un amuleto protector, perdido para siempre.

Las adolescentes de hoy en día son en cierto modo más mundanas, menos propensas a depender de una sola amiga para su educación sexual. Con doce años, pueden nombrar todos los matices de la identidad sexual, desde «pansexual» (antes conocida como «bi») hasta *queer* y «demisexual». Conocen todas las variantes de la identidad de género, desde «no binario» y «género fluido» hasta «doble espíritu» y «transgénero», incluso pueden haberlo aprendido en el colegio, de algún profesor. Lo que les falta es el contacto personal entre ellas.

Sasha Ayad me dijo: «Los jóvenes sienten mucha ansiedad ante las interacciones en persona». Aseguró que incluso algo tan trivial como el coqueteo les resulta «tremendamente difícil a estos críos. Si existe alguna forma segura de conectar con alguien que no requiera contacto cara a cara», siempre optarán por ella. Pero los interrogantes, el asombro y el pánico que acompañan a la adolescencia no disminuyen simplemente porque no tengan un amigo o amiga a quien preguntar. Y por eso dirigen sus preguntas a otro lugar.

Durante nueve horas al día, solos, los adolescentes de hoy en día caen en una mazmorra de internet personalizada. Navegan por páginas glamurosas que ofrecen tomas retocadas de la vida de amigos, celebridades e *influencers* de la web. Construyen un

túnel para entrar en YouTube, TikTok, Instagram, Reddit y Tumblr, absorbiendo consejos de vida de los moradores que los esperan.

Ayad me comentó: «Por ejemplo, si se están cuestionando su sexualidad, en lugar de darse un tiempo y comprobar qué pasa, preguntarse: “Vale, ¿quién me gusta? ¿Quiero darle la mano a esa chica?”», los miembros de la generación Z acuden a internet. Con gusto, incontables extraños proporcionan orientación sobre la identidad sexual. «Ésa no es necesariamente la manera más útil de tratar de entender tu propia experiencia de las cosas.»

El amplio uso diario de internet facilita el conocimiento informal de todo tipo de fetichismo sexual. Saben qué es un *furry* y han visto porno *bondage*. Están al tanto de los vídeos «lésbicos» tan vistos en Pornhub. La edad media en que ven pornografía por primera vez es de once años.⁶⁴

Las adolescentes tienen muchas menos probabilidades de haber mantenido relaciones sexuales reales que las mujeres de mi generación a su edad, o incluso de haberse dejado besar y mear. Como Kate Julian observó en *The Atlantic*, estamos en medio de una «recesión sexual» particularmente fuerte para los miembros de la generación Z. En 1994, el 74 por ciento de las mujeres de diecisiete años habían tenido en los últimos dieciocho meses una «relación romántica especial». «En 2014, cuando el Centro de Investigación Pew preguntó a las jóvenes de diecisiete años si alguna vez habían “salido o tenido una relación romántica con otra persona” —aparentemente una categoría más amplia que la anterior—, sólo el 46 por ciento dijo que sí.»⁶⁵

Muchas de las adolescentes que adoptan una identidad transgénero nunca han tenido una sola experiencia sexual o romántica. Jamás han besado a un chico o a una chica. Lo que les falta de experiencia de vida lo compensan con un vocabulario

64. Jane Randel y Amy Sanchez, «Parenting in the Digital Age of Pornography», *The HuffPost*, 26 de febrero de 2017, <https://www.huffpost.com/entry/parenting-in-the-digital-age-of-pornography_b_9301802>.

65. Kate Julian, «Why Are Young People Having So Little Sex?» *The Atlantic*, diciembre de 2018, <<https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2018/12/the-sex-recession/573949/>>.

salpicado de sexo y una teoría de género vanguardista. En las profundidades de las cavernas de internet, un escuadrón de curanderos espera para darles consejos. Gurús mucho peores que Amanda.

Mientras esta epidemia trans se iba propagando, durante casi una década ninguno de los expertos en disforia de género pareció darse cuenta. O tal vez —como muchos médicos que contactaron conmigo extraoficialmente, y que llevaban una vida de silenciosa desesperación— se guardaron sus observaciones para sí mismos. Un goteo constante se convirtió en un torrente. Ansiosas por tomar testosterona, las adolescentes inundaron las clínicas de género, y los médicos prescribieron con gusto bloqueadores de la pubertad y tratamientos hormonales. Y aquí no ha pasado nada.

La saturación de las redes sociales, la ansiedad y la depresión confluyeron como si de leña seca y chispas se tratara. El humo se extendió. Siguieron las llamas. Hizo falta que una mujer de fuera de la comunidad psicológica llegara e hiciera sonar la alarma.